

The Doors y el falso mito de los 60

Nos han contado un cuento chino sobre los años 60. No todo fueron peregrinaciones a Woodstock, paz, amor y flores en el pelo. Nos olvidamos de Vietnam y el napalm, de la sombra de Charles Manson, de los apesados Motherfuckers, de los asesinatos de Bobby Kennedy, Martin Luther King y del fatal concierto de los Rolling Stones en Altamont, donde los Ángeles del Infierno apuñalaron hasta la muerte a un joven mientras Mick Jagger cantaba *Under My Thumb*. Se ha mitificado aquella época hasta desvirtuarla por completo y convertirla "no en un lapso de tiempo en el que vivió gente, sino en una idea". Una idea nostálgica envasada en un frasco con olor a pachulí. Como si desde entonces el tiempo se hubiera detenido y nada reseñable habría ocurrido a partir de 1970. Ésta es la tesis que defiende Greil Marcus (San Francisco, 1945) en su último ensayo, *Escuchando a The Doors*, publicado por Contra Ediciones.

Autor de obras indispensables como *Rastros de carmín* (Anagrama, 1999), *Like a Rolling Stone: Bob Dylan en la encrucijada* (Global Rhythm, 2010) y parte de la vanguardia de la primera generación de críticos de rock, Marcus analiza con su erudición y precisión habitual la música de la banda californiana, cuyas canciones serpenteantes y viscerales, sobre las que flota "una intensa atmósfera de muerte", constituyen la

Greil Marcus analiza en su último ensayo la música de la banda liderada por Jim Morrison y nos muestra el lado oscuro de una época idealizada



"Ya en 1968, The Doors interpretaban no la libertad, sino la desaparición de la misma"

La realidad, por muy repugnante que sea (o precisamente por eso) siempre resulta más atractiva que la ficción

banda sonora del lado oscuro de la mal llamada *década prodigiosa*: "Ya en 1968, The Doors interpretaban no la libertad, sino la desaparición de la misma. Esto es lo aterrador: la idea de que los Sesenta no fue una época magnífica, sencilla y romántica que vender a los demás como un agradable lugar a visitar, sino un lugar, incluso mientras se creaba, que la gente sabe que nunca podrá llegar a habitar de verdad, y del que nunca podrá escapar".

Los años 60, nos viene a decir Marcus, se describen con generosidad como un tiempo en el que la gente participaba, se dejaba llevar y actuaba en público con actos arriesgados y temerarios. En parte fue así: algunos pagaron con su vida la defensa del movimiento por los derechos civiles. Pero no es toda la verdad, porque "también fue una época en la que la gente que podría haber actuado formó un público que sobre todo quería mirar". Por ejemplo, mirar boquiabiertos las evoluciones de aquellos cuatro muchachos encima de un escenario, donde transmitían la sensación de algo peligroso e inesperado estaba a punto de ocurrir.

"Hay un millón de libros sobre The Doors pero ninguno habla de su música", comentaba en una entrevista en *The Guardian*. Cuando este profesor de Princeton escribe sobre iconos del rock como Elvis Presley, Johnny Rot-

ten o Van Morrison, no le interesan como personas; se centra en su arte, dejando a un lado sus demonios interiores o los detalles de su educación. Por eso *Escuchando a The Doors* no es,afortunadamente, una hagiografía más sobre *El Rey Lagarto*. Marcus hace honor al título del ensayo y disecciona las canciones con la precisión de un cirujano con un escalpelo en la mano.

En la mayoría de las ocasiones toma como referencia las versiones en directo que aparecen en los álbumes piratas del grupo, en vez de las originales grabadas en estudio. Se detiene en la dicción de Morrison, en cada fraseo, en cómo estira o contrae las sílabas para pervertir el significado de las palabras ("A veces me las invento para poder recordar la melodía que oigo", dijo una vez el cantante); analiza cada redoble y repiqueo de la batería siempre bien definida de John Densmore, los *riffs* sutiles y espaciados de la guitarra de Bobby Krieger, la estela etérea de las melodías que emanan del órgano de Ray Manzarek.

Días extraños

The Doors trasladaron a su música la tensión y el caos de un tiempo en el que cada nuevo día



todo parecía extraño y nadie era capaz de predecir qué acontecería al siguiente. Como en *The End*, el tema que cierra su álbum de debut, donde "todo parece provisional, vacilante y confuso" a lo largo de 12 minutos en los que parece que la canción "vaya a romperse en pedruzcos de un momento a otro". En sus letras, escritas todas por Morrison, mostraron el reservo de la idílica California de postal que patentaron The Beach Boys, donde además de surferos y rubias en bikini también habitaban mendigos, falsos profetas, narcotraficantes y violadores. "En su música podías oír un augurio de que el futuro, el futuro próximo, contenía historias que nadie imaginaba que

querría escuchar, a las que la gente no podría volver la espalda, que la mantendría despierta, inquieta, aterrada e indignada por sus propias fantasías", escribe.

Marcus preña el texto de referencias literarias y cinéfilas. Describe *L.A. Woman* como una especie de "*Blade Runner* protagonizada por Charles Bukowski en lugar de Harrison Ford", cuya sonoridad posee la textura desenfocada de la novela *Vicio propio* (Tusquets, 2011), en la que Thomas Pynchon desmonta la utopía hippy de la mano de un detective colgado, una banda de matones y una estrella del rock muerto de una sobredosis de heroína que reaparece de pronto entre los miembros de su antiguo grupo. Al escuchar ahora *Strange Days*,

da la sensación de que la canción "tratará de alcanzar la *Carretera perdida* de David Lynch, atravesándola". Y dentro de *The Crystal Ship*, que por fuera es suave, reconfortante y elegante, se encuentra "lo que Raymond Chandler llamó el sueño eterno, lo que Ross Mcdonald llamó el escalofrío". En otras palabras: la muerte. La música del *Verano del Amor* creía en los finales felices. La música que The Doors pergeñaron en apenas cinco años, por el contrario, fue un puñetazo en la cara que te recordaba que la realidad, por muy repugnante que sea (o precisamente por eso) siempre resulta más atractiva que la ficción.

Enrique Viñuela